

Rióse á su satisfaccion el bellacon del maestro del fanático lector, y para echar el sello á la burla que estaba haciendo de él, le dijo con bufonada: Hará bien padre lector, hará bien, y muérase con el consuelo, de que le podrán poner sobre la piedra este epitafio, que se puso sobre la sepultura de otro, que era de su mismo génio y gusto:

*Hic jacet magister noster,
Qui disputavit bis aut ter
In Barbara et Celarent,
Ita ut omnes admirarent
In Fapesmo et Frisesomorum,
Orate pro animas eorum.*

CAPÍTULO II.

PROSIGUE FR. GERUNDIO ESTUDIANDO SU FILOSOFÍA, SIN ENTENDER PALABRA DE ELLA.

LA verdad sea dicha (porque; ¿qué provecho sacara el curioso lector, de que yo inferne mi alma?), que cuanto más cuidado ponía el incomparable Fr. Toribio en embutir á sus discípulos en estas inútiles sutilezas, ménos entendía de ellas nuestro Fr. Gerundio: no porque le faltase bastante habilidad y viveza, sino porque como el génio y la inclinacion le llevaban hácia el púlpito, que contemplaba carrera más amena, más lucrosa y más á propósito para conseguir nombre y aplauso, le causaban tédio las materias escolásticas, y no podía acabar consigo el aplicarse á estudiarlas. Por eso era gusto oírle las ideas confusas, embrolladas y ridículas, que él concebía de los términos facultativos, conforme iban saliendo al teatro en la explicacion del maestro. Llegó este á explicar los grados metafísicos de ente, substancia, criatura, cuerpo, etc., y por más que se desgañaba en enseñar, que todo lo que existe es ente; si se vé y se palpa, es ente real, físico y corpóreo; si no se puede ver ni palpar, porque no tiene cuerpo, como el alma, y todo cuanto ella sola produce, es ente verdadero y

real; pero espiritual, inmaterial é incorpóreo: si no tiene más ser que el que le da la imaginacion y el entendimiento, es ente intelectual, ideal é imaginario. Siendo esta una cosa tan clara, para Fray Gerundio era una algaravía; porque habiendo oido muchas veces en la Religion, cuando se trataba de algun sugeto exótico y estrafalario, *vaya que ese es ente*, jamás pudo entender por *ente* otra cosa, que un hombre irregular ó risible por algun camino. Y así, despues que oyó á su lector las propiedades del ente, contenidas en las letras iniciales de aquella palabra bárbara *R. E. V. B. A. U.*, cuando veia á alguno de génio extravagante, decia, no sin vanidad de su comprehension escolástica, este es un Reubau, como lo explicó mi lector.

2. Por la palabra *substancia*, en su vida entendió otra cosa más que caldo de gallina, por cuanto siempre habia oido á su madre, cuando habia enfermo en casa, *voy á darle una substancia*. Y así se halló el hombre más confuso del mundo el año que estudió la física. Tocándole argüir á la cuestion, que pregunta, *si la substancia es inmediatamente operativa*, su lector defendia que no; y Fray Gerundio perdía los estribos de la razon y de la paciencia, pareciéndole que este era el mayor disparate que podia defenderse, pues era claramente contra la experiencia, y á él se le habia ofrecido un argumento, á su modo de entender, demostrativo, que convencia concluyentemente lo contrario. Fuése, pues, al general muy armado de su argumento, y propúsole de esta manera: *El caldo de gallina es verdadera substancia; sed sic est, que el caldo de gallina es inmediatamente ope-*

rativo: luego la substancia es inmediatamente operativa. Negáronle la menor, y probóla así: *Aquello, que administrado en una ayuda hace obrar inmediatamente, es inmediatamente operativo. Sed sic est, que el caldo de gallina, administrado en una ayuda, hace obrar inmediatamente: luego el caldo de gallina es inmediatamente operativo*. Rióse á carcajada tendida toda la mosqueteria del aula; negáronle la menor de este segundo silogismo; y él enfurecido, parte con la risa, y parte con que le hubiesen negado una proposicion, que tenia por más clara que el Sol que nos alumbra; sale del general precipitado y ciego, sin que nadie pudiese detenerle, sube á la celda, llama al enfermero, dícele, que luego luego le eche una ayuda con caldo de gallina, si por dicha habia alguno prevenido para los enfermos. El enfermero, que le vió tan turbado, tan inquieto y tan encendido, creyendo sin duda que le habia dado algun accidente cólico, para el cual habia oido decir, que eran admirable específico los caldos de pollo, juzgando que lo mismo serian los de gallina, va volando á su cocinilla particular, dispónele la lavativa, y administrasela: hace prontamente un prodigioso efecto; llena una gran vasija de las que se destinan para este ministerio, y bajando al general sin detenerse, dijo colérico al lector, al que sustentaba y á todos los circunstantes: *Los que quisieren ver si el caldo de gallina hace ó no hace obrar inmediatamente, vayan á mi celda, y allí encontrarán la prueba; y despues que se vayan á defender, que la substancia no es inmediatamente operativa*.

3. Este lance acabó de ponerle de muy mal hu-

mor con todo lo que se llamaba estudio escolástico. Y aunque algunos padres graves y verdaderamente doctos, que le querian bien, procuraron persuadirle que se dedicase algo á este estudio; á lo ménos al de aquellas materias, así físicas, como metafísicas, que no solo eran conducentes, sino casi necesarias para la inteligencia de las cuestiones más importantes de la teología en todas sus partes, escolástica, expositiva, dogmática y moral, sin cuya noticia era imposible saber hacer un sermón, sin exponerse á decir mil necedades, herejías y dislates, no fué posible convencerle; ni aunque le dieron algunos panes y agua, hasta llegar también á media docena de despojos, ni por esas se pudo conseguir, que se aplicase á lo que no le llevaba la inclinación, y más habiendo en casa quien le ayudaba á lo mismo.

4. Era el caso, que por mal de sus pecados se encontró nuestro Fr. Gerundio con un predicador mayor del convento, el cual era un mozalvete, poco más ó ménos de la edad de su lector, pero de traza, gusto y carácter muy diferente.

5. Hallábase el padre predicador mayor en lo más florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta, miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados; muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuelli-erguido, su cerquillo copetudo, y estudiosamente arremolinado; hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa; obra toda de ciertas

beatas, que se desvivian por su padre predicador. En conclusion, él era mozo galán, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en las modales, boato en el estilo y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamás de sembrar sus sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea, encajadas con grande donosura, no solo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calles los estrados.

6. Era de aquellos cultísimos predicadores, que jamás citaban á los Santos Padres, ni aún á los Sagrados Evangelistas por sus propios nombres, pareciéndoles que esta es vulgaridad. A San Mateo le llamaba *el Angel Historiador*, á San Marcos *el Evangelico Toro*, á San Lucas *el más divino Pincel*, á San Juan *el Águila de Patmos*, á San Jerónimo *la Púrpura de Belen*, á San Ambrosio *el Panal de los Doctores*, á San Gregorio *la Alegórica Tiara*. Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermón, para citar el Evangelio y el capítulo de donde le tomaba, habia de decir sencilla y naturalmente: *Joannis capite decimo tertio: Matthæi capite decimo cuarto*, eso era cuento, y le parecia, que bastaria eso para que le tuviesen por un predicador sabatino: ya se sabia, que siempre habia de decir: *Ex evangelica lectione Matthæi, vel Joannis capite quarto decimo*; y otras veces, para que saliese más rumbosa la colocación: *Quarto decimo ex capite*. Pues qué; ¿dejar de meter los dos deditos de la mano derecha, con garbosa pulidez entre el cuello y el tapacuello de la capilla, en

ademan de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza, mientras estaba proponiendo el tema; y, al acabar de proponerle, dar dos ó tres brinquitos disimulados, y como para limpiar el pecho hinchar los carrillos, y mirando con desden á una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estornudo y relincho! Esto de afeitarse siempre que habia de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete, y luego que hecha ó no hecha una breve oracion, se ponía de pié en el púlpito, sacar con airoso ademan de la manga izquierda, un pañuelo de seda de á vara y de color vivo, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas más que aire, volverle á meter en la manga á compás y con armonía, mirar á todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdenoso, y dar principio con aquello de, *sea ante todas cosas bendito, alabado y glorificado*: concluyendo con lo otro de, *en el primitivo instantáneo ser de su natural animacion*, no dejaria de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo San Pablo le predicara; que todas ellas eran, por lo ménos otras tantas evidencias de que allí no habia ni migaja de juicio ni asomo de sindéresis, ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento.

7. Sí, andaos á persuadirselo, cuando á ojos vistas estaba viendo, que solo con este preliminar aparato se arrastraba los concursos, se llevaba los aplausos, conquistaba para sí los corazones, y no habia estrado ni visita donde no se hablase del último sermon que habia predicado.

8. Ya era sabido, que siempre habia de dar principio á sus sermones ó con algun refran, ó con algun chiste, ó con alguna frase de bodegon, ó con alguna cláusula enfática ó partida, que á primera vista pareciese una blasfemia, una impiedad ó un desacato, hasta que después de tener suspenso al auditorio por un rato, acababa la cláusula, ó salía con una explicacion que venia á quedar en una grandísima friolera. Predicando un dia del Misterio de la Trinidad, dió principio á su sermon con este período: *Niego, que Dios sea Uno en Esencia y Trino en Personas*; y paróse un poco. Los oyentes, claro está, comenzaron á mirarse los unos á los otros, ó como escandalizados ó como suspensos, esperando en qué habia de parar aquella blasfemia heretical. Y cuando nuestro predicador le pareció que ya los tenia cogidos, prosigue con la insulsez de añadir: *Así lo dice el Evionista, el Marcionista, el Arriano, el Maniqueo, el Sociniano; pero yo lo pruebo contra ellos con la Escritura, con los concilios y con los Padres.*

9. En otro sermon de la Encarnacion, comenzó de esta manera: *A la salud de ustedes, caballeros*: y como todo el auditorio se riese á carcajada tendida, porque lo dijo con chulada, él prosiguió diciendo: No hay que reirse, porque á la salud de ustedes, de la mia y la de todos, bajó del cielo Jesu-Cristo y encarnó en las entrañas de Maria. Es artículo de fé. Pruébolo: *Propter nos homines, et propter nostram salutem, descendit de Cælis, et incarnatus est.* Al oír esto, quedaron todos como suspensos y embobados, mirándose los unos á los otros, y escuchándose una especie de murmurio en toda la iglesia,

que faltó poco para que parase en pública aclamación. (1)

10. Había en el lugar un zapatero, truhan de profesión, y eterno decididor, á quien llamaban en el pueblo *el azote de los predicadores*; porque en materia de sermones su voto era el decisivo. En diciendo del

(1) Precisamente el estado á que muchos oradores llevaron la predicación de la divina Palabra en el siglo XVIII movió al autor á componer y publicar esta obra en la que se ponen de relieve los vicios que se habían introducido en el ejercicio de tan santo ministerio. El dar principio á los sermones con algún refrán ó chiste ó el intercalarlos en el cuerpo del discurso, era muy común, así como referir algún cuentecillo que viniese como de molde al asunto que se trataba, y puede asegurarse que siendo *Fr. Gerundio*, un personaje fabuloso, engendrado y parido por la feliz imaginación del autor, había muchos *Fr. Gerundios* verdaderos, así de capilla como de bonete. Por dicha, la propagación y lectura de esta obra, fué una medicina eficaz para aquel mal tan lamentable, y si bien hemos visto algunos sermones impresos á los principios del presente siglo, en los que no faltan algunas sandeces y chocarrerías, son ya en escaso número, y no tardó la predicación en elevarse al grado de dignidad que hoy tiene y del que nunca debió apartarse. Al celo de los prebostes, y al impulso que se ha dado á los estudios eclesiásticos, se debe este feliz renacimiento en la oratoria sagrada.

En una obrita titulada *Rebuscos del P. Isla*, se lee la censura que en verso dió á un sermón escrito y predicado por un tal Padre Soto, que es como sigue:

Si el lego que asiste fiel
al Padre Soto, tuviera
otro lego, y este fuera
mucho más lego que él;
y escribiera en un papel
de estraza, manchado y roto
de toda ciencia remoto
un sermón, este sermón
fuera sin comparación
mejor que el del Padre Soto.

predicador; *Gran pájaro; pájaro de cuenta!* bien podía el padre desvarrar á tiros largos; porque tendría seguros los más principales sermones de la villa, incluso el de la fiesta de los pastores y el de San Roque en que había novillos y un toro de muerte. Pero si el zapatero torcía el hocico, y al acabar el sermón decía; *Polluelo; Cachorrillo! Iráse haciendo;* más que el predicador fuese el mismísimo Vieyra en su misma mesmedad, no tenía que esperar volver á predicar en el lugar, ni aún en el sermón de San Sebastian, que solo valía una rosca, una azumbre de hipocras y dos cuartas de cerilla. Este, pues, formidable censor de los sermones estaba tan pagado de los del padre Fray Blas (que esta era la gracia del padre predicador mayor), que no encontraba voces para ponderarlos: llamábale *pájaro de pájaros, el non prus hurta de los púlpitos*, y en fin, *el orador por Antoniomestia*, queriendo decir, *el orador por Antonomastia*: y como el tal zapatero llevaba en el lugar, y aún en todo aquel contorno, la voz de los sermones, no se puede ponderar lo mucho que acreditó con sus elogios á Fray Blas, y la gran parte que tuvo en que se hiciese incurable su locura, vanidad y bobería.

11. Compadecido igualmente de la sandez del predicador, que de la perjudicial simpleza del zapatero, un padre grave, religioso, docto y de gran juicio, que después de haber sido provincial de la orden, se había retirado á aquel convento, emprendió curar á los dos; si podía conseguirlo, y como el día después del famoso sermón de la Anunciación, le fuese á calzar el zapatero (porque era el maestro de la comunidad), y este con su acostumbrada bachille-

ría comenzase á ponderar el sermón del día antecedente, pareciendo también, que en aquello lisonjeaba al reverendísimo, por ser fraile de su orden, el buen padre ex-provincial quiso aprovechar aquella ocasión, y sacando la caja dió un polvo á Martin (que este era el nombre del zapatero), hizóle sentar junto á sí, y encarándose con él, le dijo con grandísima bondad:

12. « Ven acá, Martin; ¿qué entiendes tú de sermones? ¿para qué hablas de lo que no entiendes ni eres capaz de entender? Sino sabes escribir ni apenas sabes deletrear; ¿cómo has de saber quién predica mal ni bien? Dime: si yo te dijera á tí, que no sabías cortar, coser, desvirar ni estaquillar, y que todo esto lo hacia mejor fulano ó zutano de tu misma profesion, ¿no me dirias con razon; Padre, déjelo, que no lo entiende, métase allá con sus libros, y déjenos á los maestros de obra prima con nuestra tijera, con nuestra lesna y con nuestro trinchete? Esto, siendo así que saber cual zapato está bien ó mal cosido, bien ó mal cortado, es cosa que puede conocer cualquiera que no sea ciego. Pues si un maestro y un predicador haria mal en censurar, y mucho peor en dar reglas de cortar ni de coser á un zapatero; ¿será tolerable, que un zapatero se meta en dar reglas de predicar á los predicadores y en censurar sus sermones? Mira, Martin, lo más que tú puedes conocer, y que puedes dar tu voto, es en si un predicador es alto ó bajo, derecho ó corcobado, cura ó fraile, gordo ó flaco, de voz gruesa ó delgada, si manotea mucho ó poco y si tiene miedo ó no le tiene; porque para esto no es menester más que tener ojos y oidos: pero en

« saliendo de aquí, no solo te expones á decir mil disparates, sino á elogiar cien herejías. (1)

13. Vitor, padre reverendísimo, dijo el truhan de zapatero; ¿y por qué no acaba su reverendísima con gracia y gloria, para que el sermoncillo tenga su debido y legítimo final? Segun eso, tendrá V. Rma. por herejía aquella gallarda entradilla con que el padre predicador mayor dió principio al sermón de la Santísima Trinidad: *Niego, que Dios sea Uno en Esencia y Trino en Personas.* Y de las más escandalosas que se pueden oír en un púlpito católico, respondió el grave y docto religioso. Pero si dentro de poco, (replicó Martin) añadió el padre Fr. Blas, que no lo negaba él, sino el Evarista, el Marconista, el Mar-

(1) Con razon hace objeto de su critica el autor este punto, y por cierto que no podemos decir lo que en la nota anterior, esto es, que sirvió de correccion. El mal de que con tanta gracia se lamenta, e vemos que es tan antiguo como la humanidad. El dar voto en materias que no se entienden es achaque muy general. Todo el mundo parece autorizado para discurrir sobre religion, ciencias, política, etc., como si para hablar con acierto de cada una de estas cosas, no fuesen necesarios estudios especiales. Y aquí recordamos la sabida anécdota de Felipe II y el estudiante. Cuando aquel monarca contemplaba la gigantesca obra del Escorial que habia de inmortalizar su nombre, fijó su atencion en dos estudiantes que daban su voto sobre aquella magnífica fábrica, y como el uno dijere: *En este lado falta un ángulo;* el rey le dirigió la palabra preguntandole: *¿Qué cosa es ángulo?* El estudiante fijó la vista en el rostro del que le habia dirigido la palabra, y reconociendo en él al severo monarca, contestó avergonzado: *Señor; ángulo es hablar de lo que no se entiende.* ¿Qué es ángulo? Hé aquí la pregunta que debe hacerse á los necios que con aire de importancia, hablan de todo sin entender de nada, y quieren arreglar la Europa y el mundo, sentados á la mesa de un café.

rano, el Macabeo y el Súcio enano, ó una cosa así, y sabemos que todos estos fueron unos perros herejes; ¿qué herejía de mis pecados, dijo el buen padre predicador, sino puramente referir la que estos turcos y moros dijeron? Sonrióse el reverendo ex-provincial, y sin mudar de tono, le replicó blandamente: dígame, Martin; si uno echa un voto á Cristo redondo, y de allí á un rato añade *valillo*, ¿dejará de haber echado un juramento? Claro es que no, respondió el zapatero, porque así lo he oido cien veces á los teatinos, cuando vienen á misionarnos el alma. Y á fé, que en esto tienen razon; porque el valillo que se sigue después, ya viene tarde; y es así, á la manera que digamos de aquello que dice el refran: *romperle la cabeza, y despues lavarle los cascos*. Pues á la letra sucede lo mismo en esa proposicion escandalosa, y otras semejantes que profieren muchos predicadores de mollera por cocer (repuso el buen padre); la herejía ó el disparate sale rotondo, y en todo caso descalabran con él al auditorio, y eso es lo que ellos pretenden, teniéndolo por gracia: después entran las hilas, los parchecitos y las vendas para curarle. De manera, que todo el chiste se reduce á echar por delante una proposicion que escandalice, y cuanto sea más disonante mejor; después se la da una explicacion, con la cual viene á quedar una grandísima friolera; ¿no te parece, Martin, que, aún cuando así se salve la herejía, á lo ménos no se puede salvar la insensatez y la locura?

14. No entiendo de Tulogías, respondió el zapatero, lo que sé es, que por lo que toca á la entradilla del sermon de ayer: *á la salud de ustedes, caballe-*

ros, ni V. Rma., ni todo el concilio Trentino, me harán creer, que allí hubo herejía, porque la probó claramente con el credo: *propter nostra salute descendit de Caelos*, y que á todos nos dejó aturdidos. Es cierto (replicó el Rmo.), que en eso no hubo herejía; pero no me dirá Martin; ¿en qué estuvo el chiste ó la agudeza, que tanto los aturdió? ¿pues qué (respondió el maestro de obra prima) no es la mayor agudeza del mundo comenzar un sermon, como quien va á echar un brindis, y cuando todo el auditorio se rió, juzgando que iba á sacar un jarro de vino para convidarnos, echarnos á todos un jarro de agua con un texto, que vino que ni pintado? Óigase, Martin, le dijo con sosiego el Rmo., cuando en una taberna comienza un borracho á predicar; ¿qué se suele decir de él? A esos, respondió Martin, nosotros los cofrades de la cuba, los llamamos los borrachos desahuciados; porque sabida cosa es, que borrachera que entra por la mística ó á la apostolica, es incurable. Pues venga acá, buen hombre (replicó el ex-provincial), si la mayor borrachera de un borracho es hablar en la taberna, como hablan en el púlpito los predicadores; ¿será gracia, chiste y agudeza de un predicador usar en el púlpito las frases que usan en la taberna los borrachos! ¿y á estos predicadores alaba Martin; á estos aplaude! Vaya, que tiene poca razon. Padre maestro, respondió convencido y despechado el zapatero, yo no he estudiado lógica ni garambainas, lo que digo es, que lo que me suena me suena. V. Paternidad es de esa opinion, y otros son de otra y son de la misma lana, y en verdad que no son ranas. El mundo está lleno de envidia, y los

claustrós no están muy vacíos de ella. Viva mi padre Fray Blas, y V. Paternidad deme su licencia, que me voy á calzar al padre refitolero.

15. No bien habia salido Martin de la celda del padre ex-provincial, cuando entró en ella Fray Blas á despedirse de su reverendísima, porque el dia siguiente tenia que ir á una villa que distaba cuatro leguas á predicar de la colocacion de un retablo. Como estaban frescas las especies del zapatero y el buen reverendísimo, ya por la honra de la religion, ya por la estimacion del mismo padre predicador á quién realmente queria bien y sentia ver malogradas unas prendas, que manejadas con juicio podian ser muy apreciables, deseaba lograr coyuntura de desengañarle y pareciéndole, que era muy oportuna la presente, le dijo luego que le vió: padre predicador, siento que no hubiese llegado V. un poco ántes, para que oyese una conversacion en que estaba con Martin el zapatero, y él me la cortó cuando yo deseaba proseguirla. Apüesto, respondió Fray Blas, que era acerca de sermones, porque no habla de otra cosa, y en verdad que tiene voto. Podrále tener, replicó el ex-provincial, en saber dónde aprieta el zapato, pero en saber dónde aprieta el sermón, no sé por qué ha de tenerle. Porque para saber quién predica bien ó mal, respondió Fr. Blas, no es menester más que tener ojos y oídos. Pues de esa manera, replicó el ex-provincial, todos los que no sean ciegos ni sordos, tendrán tanto voto como el zapatero. Es que hay algunos, respondió el padre Fray Blas, que sin ser sordos ni ciegos, no tienen tan buenos ojos ni tan buenos oídos como otros. Eso es decir, replicó el ex-provin-

cial, que para calificar un sermón, no es menester más, que ver como lo acciona, y oír como lo siente el predicador. No, padre nuestro, nos es menester más. Con que segun eso, arguyó el ex-provincial, para ser buen predicador, no es menester más que ser buen representante. *Concedo consequentiam*, dijo Fray Blas, muy satisfecho.

16. ¿Y es posible que tenga aliento para proferir semejante proposicion un orador cristiano, y un hijo de mi padre San N. que viste su santo hábito? Ora bien, padre predicador mayor; ¿cuál es el fin que se debe proponer en todos sus sermones un cristiano orador? Padre nuestro, respondió Fray Blas, no sin algun desenfado, el fin que debe tener todo orador cristiano y no cristiano es agradar al auditorio, dar gusto á todos y caerles en gracia: á los doctos, por la abundancia de la doctrina, por la multitud de las citas, por la variedad y por lo selecto de la erudicion: á los discretos, por las agudezas, por los chistes y por los equívocos: á los cultos, por el estilo pomposo, elevado, altisonante y de rumbo: á los vulgares, por la popularidad, por los refranes y por los cuentecillos, encajados con oportunidad y dichos con gracia; y en fin, á todos por la presencia, por el despejo, por la voz y por las acciones. Yo á lo ménos en mis sermones no tengo otro fin, ni para conseguirle me valgo de otros medios, y en verdad, que no me va mal; porque nunca falta en mi celda un polvo de buen tabaco, una jicara de chocolate rico, hay un par de mudas de ropa blanca, está bien proveida la frasquera, y finalmente no faltan en la naveta cuatro doblones para una necesidad, y nunca salgo á predicar,

que no traiga cien misas para el convento, y otras tantas para repartirlas entre cuatro amigos. No hay sermón de rumbo en todo el contorno que no sé me encargue, y mañana voy á predicar á la colocacion del retablo de..., cuyo mayordomo me dijo que la limosna del sermón era un doblon de á ocho.

17. Apenas pudo contener las lágrimas el religioso y docto ex-provincial, cuando oyó un discurso tan necio, tan aturdido y tan impío en la boca de aquel pobre fraile, más lleno de presuncion y de ignorancia, que de verdadera sabiduría: y compadecido de verle tan engañado, encendido de un santo celo de la gloria de Dios, de la honra de la religion y del bien de las almas, en las cuales podia hacer gran fruto aquel alucinado religioso, si empleara mejor sus naturales talentos, quiso ver si podia convencerle y desengañarle. Levantóse de la silla en que estaba sentado, cerró la puerta de la celda, echó la aldabilla por adentro, para que ninguno los interrumpiese; tomó de la mano al predicador mayor, metiéndole en el estudio, hizole sentar, y sentándose él mismo junto á él, con aquella autoridad que le daban sus canas, su venerable ancianidad, su doctrina, su virtud, sus empleos, su crédito y su estimacion en la orden, le habló de esta manera.

CAPÍTULO III.

DEL GRAVE Y DOCTO RAZONAMIENTO, QUE UN PADRE EX-PROVINCIAL DE LA ÓRDEN HIZO AL PREDICADOR MAYOR DE LA CASA DONDE ESTUDIABA LAS ARTES NUESTRO FRAY GERUNDIO.

« ATURDIDO estoy, padre Fray Blas, de lo que acabo de oírle, tanto, que aún ahora mismo estoy dudando si me engañan mis oídos, ó si sueño lo que oigo. Bien temía yo al oírle predicar, y al observar cuidadosamente todos sus movimientos, ántes del púlpito, en el púlpito y después del púlpito, que en sus sermones no se proponía otro fin, que el de la vanidad, el del aplauso y del interés; pero este temor no pasaba de ofrecimiento, y ni aún se atrevía á ser sospecha, porque no se fuese arrimando á juicio temerario. Mas ya veo por lo que acabo de oírle, que me propasé de piadoso.

2. « Con que el fin de un orador cristiano y no cristiano es agradar al auditorio, captar aplausos, grangear crédito, hacer bolsillo y solicitar sus conveniencias! A vista de esto, ya no me admiro de que el padre predicador se disponga para subir al púlpito, como se dispone un comediante para salir al teatro: muy rasurado, muy afeitado, muy copetudo, el mejor hábito, la capa de lustre, la saya ple-